



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

LA MATERIA BLANCA DE LOS SUEÑOS
Una lectura de *Antárticos*, de Ricardo Pallares
(Yaugurú, Montevideo, 2014)

*“... el ser aparece como desplegado a un tiempo
en el destino de la altura y en el de la profundidad”*

Gaston Bachelard

Como en *Amante geología*, ese libro de 2010 que Ricardo Pallares escribiera con “*un contenido primordial de geoda*”, en *Antárticos*, el poeta también comparte con el lector un “*viaje inmóvil*” (así se titula el poema que abre aquel libro), un viaje que continúa aquí, de otra forma, con el ensueño de la piedra, el hielo, la “*placa amargo pizarra*”, “*loza glaciar*” donde inscribe, como sobre la hoja en blanco, “*los derechos del verso*”, su erudito lenguaje en “*irrestringidas letras marineras*”.

El que propone *Antárticos* es un viaje inmóvil –contemplativo, reflexivo, extensivo- porque es, desde el más oracular oxímoron -viaje, inmóvil-, una aventura tras la “*diosa antártica*”, élan que atraviesa un enclave metafísico, pleno de imágenes soñadas y pliegues literarios. Es un viaje onírico, un viaje interior, en el que la poesía alcanza su pico más alto en el lugar de la más alta soledad: “*es sola allí la soledad del mundo*”, dice. Como un Caspar Friedrich sobre la montaña helada, instalado frente a un paisaje que el pintor alemán torna ubicuo y atemporal (utópico, ucrónico), en *Antárticos*, el poeta se para en el borde de un espacio escritural fantasmático, un panóptico desde el cual todo se ve por mérito de la palabra, y así torna ubicuo el mundo en el que se ha inmerso. Es entonces un viaje a la literariedad, en tanto otorga estatus textual a una realidad ubicua. Su enclave literario es “*una cáscara cósmica / que se enciende en cascada*” y que lleva hacia “*una verdad que es pura / silenciosa verdad significada / que llega hasta su altura ensortijada*”. Así, el libro es un espejo virtual del mundo del poeta, un espejo fenoménico, visionario, porque nada refleja de la prosaica materialidad, sino que muestra la pulsión de las palabras, la entropía de los fenómenos, los destellos de sus visiones, sus trazas.

De la realidad palpable a la onírica, corre el inconmensurable trecho puesto de relevancia por las vanguardias poéticas del siglo XX, que otorgaban a la categoría de lo real y de lo onírico en el arte una condición de reversibilidad. Si bien no aventuro a remitir a *Antárticos* a un surrealismo literario - particularmente por la categoría estética de verosimilitud que lo rige-, advierto esa búsqueda oscilante entre lo eidético y lo sensible, lo racional y losinestésico, entre la miniatura y lo inmenso, entre el lugar concreto actual y la heterotopía, que ensayaban aquellos vanguardismos.

El espacio planteado por *Antárticos* es una heterotopía en el sentido dado por Foucault: “*la realidad se hace a su lento modo / los vacíos en los tiempos glaciares / la gestación de la sangre del plancton // el albatros errante / hace los salvatajes al misterio / y la vida gestada en el poema*”. Así, en esta Antártida literaria rige un conjunto de relaciones que definen emplazamientos múltiples en un solo lugar real, “*otros lugares*”, diría Foucault, “*espacios diferentes*”; y también heterocronías, cortes en el tiempo, aporías, experiencia de *Aleph*: el poeta viaja de polo a polo, desde el narval del mar del Norte hasta las australes “*serradas Animas*”, o aun a la “*panóptica cloaca de estuario*” en “*la lata del plata*” del río, un estuario y un río que nos dan enclave de nación. Y desde ese estuario comienza el viaje (en el primer poema del libro), anunciando allí, con la alusión a un “*cementerio marino*”, una poesía pura (como la que Paul Valéry siente “*entre el vacío y el puro acontecimiento*”), con la que va dibujando el espacio de su palabra.

Antárticos crea un mundo referencial con cierto grado de abstracción y visualidad, remedando vagamente el creacionismo de Vicente Huidobro y sus “*Poemas árticos*”. Así, la proyección refractaria del discurso habilita en *Cuatro océanos* (tercera sección del libro) a convocar todo un universo blanco: la “*locura andina*” y los “*antartandes*” de la “*zona austral*”, pero también los “*trineos*” y el sueño nórdico en “*el helado mar de Helsingki*”. Entonces, el viaje trastoca norte y sur de la palabra en la página, con un guiño torresgarciano.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Ricardo Pallares es un *flâneur* posmoderno en su relación con las cosas, con los elementos y con los espacios, lo que hace que el poeta metafísico desemboque en el esteticista, preocupado por la relación entre la palabra y la imagen. Explorador estudioso y curioso -“en medio de lo fugitivo y lo infinito”, definiría Baudelaire y Benjamin al *flâneur*-, así fija el poeta su vasto domicilio: extiende los límites de su urbe al orbe.

El espacio que crea es un espacio alterado (“...con territorios / que a veces desmoronan fragmentados”), que sublima lo blanco: lo blanco del cielo -“Pobre cielo talla en talco y algodón / escultura de plomo glaseado”-, los suelos “enharinados”, la blanca cordillera o el blanco mar: “Asamblea de témpanos casuales”, “Divino manto en pluma labrado”. Entonces, la proxémica comunica el mensaje de tenor profético: “cuando se acerque a tierras fracturadas / los instantes pasarán desbocados / como yeguas blancas perdiendo leche // como equinos feroces mostrarán / desfigurados en la luz, los dientes”.

Y en ese espacio de helada página, buque, barco a gasoil o balandro van dejando su estela azul; o son ballenas, delfines, orcas, peces, gaviotas, albatros o morsas, los seres que resuelan en la sinécdoque, bajo “el crill caído de las estrellas”. Nave o fauna, es la Poesía la que navega, como se entrevé en estos versos: “Cuando navega en el sentido inverso / tirabuzón de lo desconocido / que presente a los seres / les muestra solo un mechón plateado / el resto es transparente”. Es la poesía que muestra apenas un reflejo, con toda la transparente elocuencia del silencio, que el poeta califica como “silencio antártico”. Parece ser la Poesía ese “Iceberg eterno que viene tan lento / en un colosal perdón de hielo vivo”, la poesía, como el silencio en el tiempo y el vacío en el espacio.

Todos los espacios que Pallares recorre en este libro, los lugares y los elementos convocados en los poemas, remiten a ese “hielo vivo”, como “centro de sueños” del poeta. El filósofo francés Gaston Bachelard tiene una profusa obra basada en el estudio de “la materia como centro de sueños” en la obra de los poetas que aborda, una fenomenología de la imaginación con la que construye una poética de las materias y los elementos (su tetralogía), a través del análisis de las imágenes literarias y de las correlaciones entre el microcosmos y el macrocosmos.

La blancura del enclave poético es, en *Antárticos*, un ensueño literario, una “hipótesis onírica”, diría Bachelard, que sostiene la escritura.

En Internet se explica que el hielo glacial suele ser azul cuando es muy denso a causa de varios años de compresión... De alguna forma, aplicando esta fenomenología de la imaginación, podría ensayarse que este libro de Pallares aparece luego de haber sedimentado durante años toda su vasta escritura; de esa forma, llega a esta peripecia del “mármol blanco o el azul del incendio”, porque esa es la materia de sus sueños, porque en *Antárticos*, “cada elemento es de filo riesgoso”. (En *Ceniza del mar*, libro de Pallares de 2007, el poeta también “trepa hielos ignorados”, y hay “torrentes de alto filo”, “florece nacarinas del agua” y “están / el coral azul y los delfines”). Es el que llama Bachelard “dinamismo de la materia”, con “su masa de atractivos ocultos” que “ponen en juego convicciones poéticas”. Y como aquella “mayéutica rocallosa” que el filósofo francés atribuyera a las “rocas primordiales” de Novalis, aquí los elementos cobran una virtud noemática y noética: “De ceniza los buques / de trigo ausente la oscura arboleda / cada elemento es de filo riesgoso / para el naufragio total de los puertos // la realidad se hace a su lento modo”. Es la vivencia de estos elementos y es el pensamiento de esta vivencia... Es la sensación y es la idea; es la construcción intelectual y es el deseo: “el errante hace profunda sus trazas / aletea en los rincones del aire / sueña con helado mar en Helsinki // hay pocas alas blancas en el mundo”.

Esta poética de la soledad, provocada por momentos por cierto voluntario hermetismo, no resta vocación de comunicación a los poemas de *Antárticos*. Esa soledad despliega una forma de espiritualidad, un ejercicio de contemplación con el cual el poeta levanta imágenes y sensaciones. Pero no se trata de un ejercicio autobiográfico, ya que en esta poesía rige la ficcionalidad en tanto categoría literaria, y se ensaya una historia contrafactual, una historia alterna de la realidad, de su realidad.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

La espiritualidad a la que aludo, la que varios de los poemas de este libro me sugieren, evoca la de la poesía de Petrarca, cuando decía “ardo y soy hielo”, o la de Quevedo, que reiteraba el oxímoron: soy “hielo abrasador, fuego helado”. Es la espiritualidad que saben transmitir las imágenes poéticas, las que, como observa el filósofo Bachelard, constituyen la materia de los sueños, las que muestran la realidad material y la realidad síquica del poeta, y a la vez, “las que preparan el conocimiento y las que preludian los ensueños”.

Luego de escritas estas notas, una entrevista del prestigioso programa de Radio Uruguay, *La máquina de pensar*, me confirmó estas observaciones. Allí el poeta aclara: “no es el hielo de la desolación, sino lo trascendente, lo espiritual”, explicando que “lagartos y camaleones (en los dibujos) son símbolo de la poesía (...), por el cambio de piel (...); porque “representan la mutación espiritual y la búsqueda del conocimiento”.

Y se refiere a su libro como una “libreta de poesía y de arte”, una “creación transdisciplinaria, a dos tiempos, a dos voces, a dos artes”, con “dibujos que no retratan, sugieren...”

En una edición delicada y exquisita de la editorial Yaugurú, como es habitual en los trabajos de su responsable, Maca, el blanco de la página –donde se inscribe la poesía en letras azules- recibe también la pluma azul de la artista plástica Raquel Barboza, que acompaña la poesía de Pallares con el destello de los finos trazos de sus dibujos, por momentos con el mismo hermetismo de algunos de los poemas.

El diálogo entre la pintura y la poesía ha sido vastamente ensayado por poetas y artistas visuales en el correr de la historia, fascinados por la intertextualidad y la tensión entre los sistemas gráfico y escritural. La relación entre uno y otro se remonta al pensamiento antiguo (“la pintura es poesía muda y la poesía es pintura que habla”, dictaminaba Simónides; “*ut pictura, poesis*”, sentenciaba Horacio). Entonces, ese diálogo implica una reproducción empática de uno y otro sistema de signos; cada expresión pervive en su área expresiva y provoca nuevas refracciones de un mismo hecho poético... Es, así, un fenómeno de recreación, traducción, transfiguración de la imagen en palabras; y también la operación inversa: la interpretación de los versos en el dibujo. En un sentido y en el opuesto, se trata del paso de un sistema de figuración a otro, la construcción de la metáfora de una metáfora, la ilusión de una ilusión.

El hermetismo que percibí en mi primera lectura de *Antárticos* se confirma con las reflexiones de Pallares en la citada entrevista. Dice entonces el poeta: “*como es arriba es abajo*”; y remite el sentido de esta poesía al conocimiento mágico de Hermes Trimegisto, a su ocultismo y sincretismo. Así, invoca “*Mar, cielo y hielo*” para proponer un “*contacto con lo absoluto, la unidad esencial, el Todo*”, esa “*Antártida otra, edén alternativo*”, “*un mar que existe o que no existe*”.

Un mar que, ahora blanco de hielo, conserva la plenitud del que navegara en su libro *Ceniza del mar*, donde decía “*el océano es redondo*”, ya presagiando “*el coral azul y los delfines*” de *Antárticos*.

La poeta Selva Casal advierte, desde el epílogo, que “este libro es una carta abierta al infinito” y que el poeta “nos enfrenta a una extraña realidad”.

En esta tónica de la irrealidad y la extrañeza de *Antárticos*, la poesía de Pallares es una interpelación a la blanca materia de sus sueños.

Mariella Nigro
Abril de 2015



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Referencias

Michel Foucault: De los espacios otros, "Des espaces autres", conferencia dictada en el Cercle des études architecturales (14 de marzo de 1967), publicada en Architecture, Mouvement, Continuité, n 5, octubre de 1984. Traducida por Pablo Blitstein y Tadeo Lima. http://yoochel.org/wp-content/uploads/2011/03/foucault_de-los-espacios-otros.pdf

Paul Valéry: El cementerio marino. Traducción: Manuel Cabesa: <http://www.letrealia.com/transletralia/valery/02.htm>

Charles Baudelaire: El pintor de la vida moderna (1863): <http://s3.amazonaws.com/lcp/qwerty/myfiles/ baudelaire.pdf>

Gaston Bachelard: La tierra y los ensueños de la voluntad. FCE, Breviarios. Traducción de Beatriz Murillo Rosas. México, 1994.

* Centro Nacional de Datos de Hielo y Nieve de Estados Unidos: <http://www.cromo.com.uy/2015/02/la-hermosa-cara-oculta-de-un-iceberg/>

* Entrevista de Pablo Silva Olazábal a Ricardo Pallares: La máquina de pensar (Radio Uruguay 1050 AM, 10/12/2014): [http://www.radiouruguay.com.uy/innovaportal/v/64268/22/mecweb/ricardo_pallares_presento_su_poemario_ "antarticos"?parentid=44871](http://www.radiouruguay.com.uy/innovaportal/v/64268/22/mecweb/ricardo_pallares_presento_su_poemario_)

Antonio Monegal: En los límites de la diferencia. Poesía e imagen en las vanguardias hispánicas. Madrid: Editorial Tecnos, Colección Metrópolis, 1998.

Mariella Nigro: La voz de la mirada. Palabra e imagen. Publicación original en Revista de crítica literaria Hermes Criollo, Nº 2: En Internet: La Otra Gaceta, # 19, Octubre de 2008, Alforja virtual de poesía, México. http://www.alforjapoesia.com/noticias/images/mariella_nigro.pdf